LA HISTORIA SERÁ EL PORVENIR[1]
(Prólogo)

RAMÓN J. VELÁSQUEZ

Conozco a José Jesús Villa Pelayo desde que era un muchachito que andaba correteando por los pasillos del Palacio Federal Legislativo, allá por los años sesenta, cuando yo era menos viejo y él con seguridad no pasaba de los cinco.

Le gustaba conversar con senadores, diputados, historiadores, militares, abogados, poetas, pintores, y a ellos les agradaba de la misma manera acercarse a ese niño reflexivo, expansivo, locuaz, muchas veces impertinente, y con un conspicuo humor negro que usaba a menudo para burlarse de sus interlocutores, y que a ratos gustaba y a ratos no; incluso así, José Jesús se hacía de querer.

Ya un poco mayor, a sus diez u once, uno de mis asesores -un historiador muy querido por mí- le prestó un libro con prestancia, tapa dura, solapa verde, grabados, fotografías y pinturas sobre las Guerras Púnicas que José Jesús leyó ávidamente. Era de notar que el personaje de Aníbal Barca lo inspiraba tanto como el del Libertador Simón Bolívar, y eran entonces sus fulgurantes héroes. Yo mismo le narré años después algunas historias de héroes y villanos del siglo XIX venezolano que él poco conocía, en esos momentos que me visitaba en el Congreso y compartíamos los asuntos que nos condenan a este mundo.

[1] José Jesús Villa Pelayo. *Cynthia*. Nadja Editores Independientes, Caracas. 1995.

Los pintores y poetas -esos seres ambulares de siempre- se acercaban y conversaban con él -en particular, el poeta Muñoz, asiduo de la oficina- y le mostraban pinturas y le leían poemas.

Lo digo porque a todos allí, donde también trabajaba su mamá, mi amiga, la doctora Pelayo, nos llamaba la atención el interés que José Jesús mostraba por esos temas y por otros asociados con la política internacional, la religión y la cultura, y por la capacidad que desplegaba para conversarlos. A pesar de estos diálogos, muchas veces se le veía solitario, ensimismado; correteando por la plaza que corona la gran fuente del patio central del Palacio o por pasillos y grandes estancias devenidas en oficinas, y esto igualmente era de notar. Desde esos años, mi admiración personal por José Jesús.

Ya él como de 16 ó 17 -si no me falla la memoria- nos invitó a mí y al almirante Wolfgang Larrazábal a dar sendas conferencias en el Liceo Fermín Toro, donde él cursaba el cuarto o quinto año del bachillerato. Yo no pude asistir, por razones diversas. Supe que el Almirante lo hizo. Ambos atravesaron el centro de la ciudad, caminando desde la nueva sede administrativa del Congreso hasta el Liceo Fermín Toro. Muchos reconocieron al Almirante Larrazábal durante el camino y lo saludaban.

Para Wolfgang hizo una ley en la Comisión de Política Exterior del Senado que él estaba presidiendo y que yo en mi momento presidí –cuando comenzaba José Jesús sus estudios de Derecho-. “Ley Orgánica contra la Marginalidad” era el título de un proyecto muy de la utopía que se le ocurrió al Almirante,

aunque no tenía muchas oportunidades de ser aprobado y, en efecto, ni siquiera fue discutido.

Quiero regresar, por un momento, a esos primeros años de José Jesús, antes de decir algunas palabras que tengo en mí sobre este libro del que él me ha solicitado escriba un prólogo.

Causaba turbación ese muchachito que se metía en las cámaras de diputados y senadores a escuchar las sesiones, o en el Salón Elíptico donde veía cuadros de batallas y próceres, y alteraba de vez en cuando a senadores y diputados, no por preguntar o pedir opiniones sino por emitirlas. Él no lo sabía, pero a su mamá le preocupaba lo que ella consideraba "impertinencias infantiles".

Años después, José Jesús se nos apareció nuevamente por la oficina que tenía yo en el Palacio –él estudiaba Letras y Derecho-; eso me causó extrañeza porque José Jesús intentó ingresar en la Armada y algunos militares de alto rango que también lo conocían desde pequeño -como el general Parra Pinaló- quisieron darle un empujón en la Armada y también en la Academia Militar -porque era daltónico- pero él no quiso que nadie lo ayudase, y su mamá tampoco quería realmente que fuera militar. Lo temía por su temperamento y carácter.

La verdad sea dicha, todos sabíamos que José Jesús era humanista y nada resolvería esas contradicciones internas, sino ese acercamiento a las letras; tampoco lo veía yo como abogado y pronto supe que mis sospechas eran ciertas cuando realizó pasantía entre mis asesores.

Por razones que no vienen al caso, José Jesús la abandonó tempranamente, pero una de las cuales, puedo decirlo ahora, era esa ausencia suya en los menesteres de este mundo, usualmente asociados con la ambición, y aunque no le faltaba con las letras no la tenía con los asuntos que están debajo del sol.

Por esos días, José Jesús asistía a una iglesia, y sus inclinaciones pasionales hacia lo religioso -no en sentido estricto sino amplio- también preocupaban a su mamá.

Años más tarde, cuando estuve encargado de la Presidencia de la República, José Jesús fue abogado en la Procuraduría y ya era escritor en las páginas de opinión y de cultura del diario “El Nacional” –del cual fui su director- y el entonces Contralor, el poeta José Ramón Medina, que apreciaba sus poemas, le ofreció un trabajo como jurista. Por esos años se nos presentó José Jesús nuevamente en la oficina con una muchacha poeta, hermosa, descendiente de Tomás Lander, Astrid; también con Mercedes Franco con quien conversamos mucho de Miguel Otero Silva, y otras realidades y oscuridades de “El Nacional”.

Y aunque esta cronología y la semblanza no pretenden ser exactas ni exhaustivas –no pueden serlo-, nos acercan bastante a la naturaleza de su vida y lo señala.

El José Jesús de la poesía es otra historia. Escribía cuentos -desde los 16 ó 17 años-; algunos con mucha estirpe y fuerza. No obstante, cuando se presentó con sus poemas, nos causó el mismo

asombro que generaba aquel muchachito que correteaba por los pasillos del Congreso y disputaba con políticos e historiadores.

Yo había leído su tesis de grado, que por nombre le colocó *Nueva York*. Poesía fresca, renovada, vital, luminosa, la escritura de un joven grande con alma pura de niño, sobre una ciudad y sus personajes, y presentí que el mejor y más asiduo habitante de su Nueva York era él mismo, aunque personalmente no la conocía.

En la oficina, cuando las secretarias lo veían, se les escuchaba decir que José Jesús parecía un ángel, y esa era la impresión que daban esos poemas de su Tesis de grado, un tesoro angélico, límpido, pedazos sueltos de ángel en los que no hay maldad del mundo y que, expresado así por un historiador, podría sonar muy extravagante.

Él me pidió que fuese jurado de su Tesis de grado. Pero en la Escuela de Letras de la Universidad Central se negaron por verme a mí como historiador y no como hombre de letras. De tal manera que no fui ni el tutor de la tesis de José Jesús ni formé parte del jurado examinador. Después me enteré que mi lugar fue ocupado por la mente brillante del doctor Alexis Márquez Rodríguez, su tío político.

Así, pues, estas palabras que hoy escribo como prólogo para este libro de poemas de José Jesús Villa Pelayo, las medité mucho antes y son, en buena medida, una deuda con él.

Una hiedra negra para Sashne era el título de un libro muy extraño –más bien enigmático, gnóstico, o lo parecía- que José Jesús publicó en 1991; revelaba un espíritu místico-religioso –si cabe esta expresión compuesta- que no conocía en José Jesús, aunque sabía de sus deseos tímidos por entrar en la Masonería y la invitación que el pintor Alirio Oramas, un buen amigo mío, le había extendido años atrás.

Y pienso que más que construir una nueva poesía, José Jesús restaura el sentido sagrado de la poesía y devuelve a la palabra su peso metafísico, su densidad gnoseológica y su cercanía a las cosas, utilizando el mito como medio para expresar verdades filosóficas profundas. Mi amigo, el poeta Juan Liscano, ve en *Una hiedra negra para Sashne* un "*poema épico, gnóstico, fundacional*" y en su personaje, Sashne: "*Hay en esta hiedra una voluntad de asfixia sagrada: la palabra se enrosca en el objeto amado —esa entidad inasible llamada Sashne— para despojarla de su apariencia carnal y devolverla a su estado de arquetipo, de ánima pura*" (El Nacional-Papel Literario. 17-11-1991)

Paralelamente le daba forma, como alfarero, a una criatura poética, - durante los turbulentos años de la Venezuela después de 1992-; a un libro de poemas sobre una curiosa, fantasmal, acontecida dama portuguesa, poeta extraída de sus propias costillas, doña Mariana de Coimbra, que escribía en portugués y español y había en ella el vigor, la sensibilidad de la vida, era un personaje creado por el Adán que era él mismo. Era así su padre, y esta hija, mujer, esposa, madre, que llamaba Mariana, estaba realmente viva, no se podía dudar de ella bajo ninguna circunstancia, ni de esos versos ni de su martirio ni de sus sufrimientos que a mí particularmente me perturbaron. Doña Mariana, años más tarde, adquirió músculos, carne, tendones,

corazón, mente, voz, boca, y era de la clase de los demiurgos, creadores y padres, como bien lo explicaba Platón de los poetas en su Fedro.

Puso José Jesús en mis manos este libro, con el título de *Cynthia*, otra dama de ensoñaciones, aunque menos vivaz y más locuaz que doña Mariana, pero no se trataba, en este caso, del mismo tema ni de los mismos argumentos a pesar de la presencia femenina que deambula los poemas.

Por él supe que era una compilación de poemas que redactaba desde el año '91. Escribió otros, los escondía, almacenaba, no los mostraba; los resguardaba en sus depósitos "secretos", que eran más bien búnkeres de Guerra, y los suyos eran manuscritos que él llamaba "Manuscrito A", "Manuscrito B" y estos poemas eran una selección personal del "Manuscrito C", y a pesar de que había algunas variaciones de su alma en este libro, todavía conservaba en él esa "selva virgen" de los poemas de su tesis de grado.

Cynthia o *El Manuscrito "C"* nos conduce entre otras visiones a las escandalosas luces y vapores de la guerra, nos traslada a una certeza de lo divino y de lo terrenal que se juntan naturalmente, es así en el poema "Banderas negras sobre el Potomac" que tiene atmósfera anarquista y se imagina uno los barcos de guerra navegando sobre el sereno río de la ciudad de Washington DC., y a soldados, fantasmas de la guerra, que nunca olvidan sus fusiles y así se nos vienen a la mente las imágenes de un mundo en constante autodestrucción, que se le muestra al dios *Elohim* desde el corazón impresionable y fuerte del poeta; en el poema "Conversaciones con Elohim", hay una oración palpitante allí y muy vulnerable, parecida al José Jesús que encontré ya casi a

sus treinta, y esa plegaria sostiene otras formas en el poema “Pájaros videntes”, aves que ven por encima de las cosas humanas.

El José Jesús de *Cynthia* ya era un hombre, pero uno que proyectaba por largo una potente imagen de niño, de persona sin máculas; en él ahora había una nostalgia encapsulada, que a mí en lo particular me entristeció ver, porque se veía.

Sus temas adquirieron consistencia, musculatura, peso, y, mejor, profundidad, como si al José Jesús de *Cynthia* le hubieran salido ramas, hojas, fachada y más sabia. Había volumen, luz y oscuridad.

Esta será edición producto del esfuerzo personal, porque él la gestionará y financiará. Así lo ha decidido. Aquel jardín secreto de manuscritos no soporta el peso del ocultamiento.

El libro continuaba con los mismos temas y con la misma configuración formal, pero en niveles distintos, peldaños de una misma escalera, diferentes frecuencias, densificados, el lenguaje maduro, porque digamos lo que digamos, *Nueva York* era obra primera y audaz de José Jesús, si bien triunfal, inigualable.

Esa audacia continuaba en la ciudad, en la dama que se ama o se amará eternamente, en la mística, en la guerra, en Dios, en el ser creador, en el ensimismamiento, en las figuras ocultas del padre y la madre, en los rituales, en la profecía, en la fe. Esa audacia podría designarse como una vía de libertad. La de los pájaros comprometidos, y podrá decirse que José Jesús es seguidor o

epígono de otros o muchos poetas, a mí me parece que José Jesús, en su libertad de pájaro comprometido –un ave que no se aparta ni se va muy lejos de su casa- es seguidor y epígono de sí mismo.

No es una aseveración cínica ni cruel, es tanto más verdad en cuanto se leen estos versos, y uno puede predecir que José Jesús escribirá mucho y mucho más para la literatura de Venezuela, porque apenas comienza en estos menesteres –larga carrera la escogida-, al menos ya ha consolidado una belleza propia, una sustancia, el fluido sutil que impregna sus versos y los nivela y tiene su autoría, así un espíritu lírico, épico y dramático que se fusionan desprevenidamente, y la voz de un poeta de verdad, genuino, de esos que saben usar la palabra desde adentro. La historia será el porvenir.

Gracias